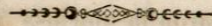


EPILOGO DEL TOMO PRIMERO.



Necesitamos tomar aliento, hemos dicho al concluir el capítulo anterior, y en efecto, necesitamos tomar aliento para proseguir la historia de las desastrosas consecuencias del sistema de terror y de arbitrariedad inaugurado con la feroz dictadura del general Narvaez, y encaminado posteriormente á un golpe de Estado, que entronizara el despotismo régio sobre las ruinas de la libertad española, que tanta sangre cuesta á los sucesores de Padilla.

Necesitamos tomar aliento, repetimos, para seguir narrando los desmanes de esos miserables ladrones, fraccion la mas criminal del desacreditado partido moderado, fraccion á cuyo frente se pavoneaban dos nulidades, que segun la *Gaceta* del 31 de agosto de 1855, no tienen ya defensa de sus actos.

«Después de publicada la *Gaceta del 31 de agosto*, ha dicho un periódico, (1) no hay honra, no hay decoro, no hay dignidad

(1) Léase *Las Novedades* del 1.º de setiembre de 1855.

posible para el moderado de esta ó de la otra fraccion, que no declare pública y solemnemente su ódio á las administraciones polacas. Nosotros por nuestra parte, y con nosotros toda la prensa liberal, debemos declarar que ni cruzaremos palabra con hombre, ni renglon con periódico, que al mentar á Sartorius y Collantes, y á sus camarillas respectivas, no les aplique los epítetos que merecen su *notoria criminalidad*, sus ya probados robos.

Porque mientras esté impresa esa *Gaceta*, y mientras ellos no devuelvan al Tesoro enormes sumas, que no devolverán, sus nombres deben de parecernos lo que á toda persona decente y honrada los de José María, Zamarrilla y tantos bandoleros como la sociedad arroja de sí llena de horror.

No nos pesa en verdad, ni pesar debe á los lectores, que no eran para omitidas las reflexiones que acabamos de hacer sobre el partido moderado y sus periódicos. ¿Se atreverán ahora á decirnos todos los dias que el Tesoro está exhausto, que las atenciones no se cubren, que nunca ha estado España tan miserable? Sí, se atreverán, que la audacia es su principal, acaso su única dote; pero nosotros podremos responderles con la *Gaceta* del 31 en la mano:

Aunque lo sabiamos, no podiamos probaros el por qué está España miserable.

Está miserable, porque los polacos la han robado de una manera inaudita.

Porque solo en las obras del ferro-carril de Sevilla á Cádiz, robaron *nueve millones*, y no robaron *cuatro* mas, porque la revolucion de julio impidió que se pagasen, que ya estaba decretado su pago.»

Fabulosos parecen los desafueros perpetrados por los prohombres de la *moderacion*, y se creeria á no dudarlo que hay exagera-

cion en la manera de referirlos, á no habernos siempre apoyado en argumentos incontrovertibles, en comprobantes que nadie podrá recusar.

Podrá nuestra obra carecer de esas dotes literarias que únicamente los genios privilegiados poseen; pero la verdad destella de todas sus líneas, y la verdad es siempre lógica, siempre elocuente, siempre sublime.

Tal vez al pronunciarla lo hemos hecho con sobrada lisura, y esto es lo único que los Aristarcos de la suprema inteligencia podrán censurarnos con razon; pero ¿qué le hemos de hacer?

Somos demócratas, é ignoramos el arte de fingir.

Si nuestros caritativos censores han aprendido en la alta escuela de los palacios á presentar en copa de oro el tósigo de la difamacion, nosotros no queremos ser aduladores ni hipócritas, y mas que se diga que olvidamos las leyes del buen tono, llamaremos ladrones á los magnates que se dedican al hurto, y ladrones de peor condicion que los bandidos á quienes tal vez el hambre les impele en la senda de sus atentados.

Un gran señor que rodeado de riquezas y en medio del fausto deslumbrador se dedica al robo, y al robo del pobre pueblo, al robo de lo que con tantos afanes y desvelos se proporcionan los honrados artesanos para mantener á sus familias con el fruto de un trabajo asiduo, un gran señor que tamaño desafuero perpetra, es un mónstruo que se lanza espontáneamente á la carrera de los crímenes, impelido tan solo por la índole perversa de su depravado corazon.

Un prelado que en medio de la abundancia y de los goces terrenales, se rebela altivo contra las disposiciones de la autoridad legítima y conculca todos los principios del Santo Evangelio, por no

adherirse á la humildad y mansedumbre que recomendó Jesucristo á los ministros del altar, es un *faccioso* de peor condicion que los ilusos á quienes la miseria lleva á las hordas de la rebelion.

El magnate que solo por orgullo é impelido de insaciable ambicion conspira contra la libertad del pueblo, y trata de derrocarla para erigir un trono absoluto sobre los escombros de la patria, y convertir en esclavos á los hombres que Dios ha hecho libres, y saciar su sed de sangre en patibularias ejecuciones, es un traidor, un verdugo de mas baja ralea que el asalariado ejecutor de la justicia.

La dama palaciega, que ora por veleidosa coquetería, ó por la pueril vanidad de hacer alarde de sus inmensos adoradores, ó lo que es aun peor, por la criminal ansiedad de enaltecer su posicion y alcanzar mayor aglomeracion de riquezas, vende su honor á quien mas oro la ofrece, es una despreciable meretriz mucho mas vil que la pobre hija del pueblo á quien los horrores de la indigencia hacen olvidar su deber.

Y si esto es incuestionable, decidme, escritores mercenarios que escribís en favor de quien mejor os paga, ¿por qué no he de apellidar LADRON al gran señor que roba, FACCIOSO al prelado que se rebela, TRAIADOR al magnate que conspira, VERDUGO al que se goza en las escenas de sangre y esterminio, y PROSTITUTA á la alta señora que vende su honor?

Me direis sin duda que tales calificaciones no son de *buen tono*, que por decoro á la clase de esos señores á quienes se dirigen y aun por decoro propio no debe escribir tales palabras ningun escritor que se aprecie, que son palabras *inconvenientes* que no debe usar ningun literato culto, y añadiréis otras sandeces que están muy en boga entre ciertos escritorzuelos que á falta de méritos tratan de

parecer caballeros por sus almibarados modales, y el ampuloso y perfumado estilo de sus afectadas producciones.

¡PALABRAS INCONVENIENTES!

¿Y por qué?

¿Porque se dirigen á vuestros amos?

¿A esos grandes señores que os tienen asalariados para que les aduleis? Os aseguro que me inspirais compasion.

Nosotros conocemos y respetamos como el primero el decoro que al público se le debe, y el que nos debemos á nuestra propia honradez; pero no sabemos mentir, no sabemos adular, jamás hemos sido hipócritas, y allí donde están los criminales sabemos denunciarles á la pública execracion, calificándoles con el epíteto que merecen, ora les veamos entronizados bajo régios doseles, ora escondidos en humilde choza; y creemos al pronunciar la verdad en desagravio de la moral pública, que estamos lejos, muy lejos de incurrir en esa falta de decoro que nos achacais.

Vosotros no pensais así, y avezados á una servidumbre denigrante, veis un desacato horrible en cada espresion que se dirige á los que ocupan altos puestos en la sociedad.

Ya se vé, debéis tantos favores á su munificencia!...

Pero decidnos: ¿qué es lo que hace *inconvenientes* las palabras, su significado, ó la posicion social de las personas á quienes se dirigen?

No estrañeis esta pregunta: vosotros nos censurais que llamemos *verdugo* á un duque sanguinario por ejemplo, *ladron* á un ministro que roba, etc., y no teneis el menor inconveniente en insultar con los mas soeces epítetos á todo un pueblo que es magnánimo, á todo un pueblo que es vuestro señor, vuestro único soberano! ¿lo entendeis?

¿No habeis inventado la donosa palabra *populachería* para designar al pueblo?

¿No apellidais *plebe ruin* á las clases pobres?

¿No designais por *canalla* á los hombres del trabajo?

¿No habeis calificado de *vil y traidora* la sangre de los liberales?

¿No habeis llamado *hordas de vagos y gente perdida* á los héroes de julio?

Vosotros insultais á la inocencia, denostais al talento, y vuestras palabras son muy *convenientes* solo porque salen de vuestra pluma venal ¿no es verdad?

Nosotros calificamos el crimen con los epítetos que merece, y nos decís que faltamos al decoro!

Afortunadamente nos hacen reir vuestras censuras, y al ver que pretendéis enseñarnos principios de buena educacion, no podemos menos de aplicaros aquellos versitos ya sobrado conocidos, pero que vienen aquí á las mil maravillas:

¿Tú que no sabes
me das lecciones?
Déjalo, Fabio,
no te incomodes.

Continuaremos pues la enojosa tarea de denunciar todo linage de abusos con la franqueza y claridad que nos dicta nuestro leal corazon, siempre inclinado á la defensa del débil contra el fuerte, siempre propicio á la causa de la virtud desvalida, siempre contrario á los desmanes de sus inícuos opresores.

No se nos ocultan las desventajas de nuestro proceder en medio de una sociedad egoista hasta la mas deplorable degradacion.

La inmoralidad ha llegado á enaltecerse de tal manera, que

tiene su curso entre las personas de buen tono como si fuera moneda corriente, y es tan positiva esta aseveracion, que si alguien se atreve á censurar las ilegalidades de los palaciegos, si osa pronunciar la verdad siempre amarga á los tiranos, si lleva su noble franqueza hasta el punto de nombrar á los magnates que conculcan todos los principios de buen gobierno, si califica de crímenes los horribles atentados de elevados personajes, y al paso que fulmina severos anatemas contra los opresores y sus iniquidades, ensalza la virtud do quiera que germine, y aboga por las clases desvalidas y demanda justicia igual para todos.... ¡ay!.... el que de tal guisa procede es tenido por un ex-céntrico, por un loco, por un libelista de los grandes señores, que enciende sus iras y la de sus prosélitos, solo por halagar á la vil *populachería* á quien villanamente adula.

¿Y habremos de renunciar á nuestro propósito solo por no esponernos al desprecio, á los insultos, á las calificaciones injustas de esa parte corrompida y corruptora de la sociedad que aprecia á los hombres por su fausto y su riqueza, mas bien que por su honradez y su sabiduría?

¡No, vive Dios, cien veces no!

Tranquila nuestra conciencia, aprueba la conducta que hemos seguido hasta aquí, y que seguiremos pese á quien pese, sin cejar un instante, en la mision que espontáneamente nos hemos impuesto de luchar con todas nuestras fuerzas en pró de la libertad de los pueblos.

Seguiremos, pese á quien pese, sin cejar un momento vituperando al vicio y elogiando la virtud.

Clamaremos siempre con energía contra todo linage de abusos.

Demandaremos justicia contra esos ricos haraganes que desde

sus fastuosos palacios beben la sangre de los pueblos.

Predicaremos la igualdad entre los hombres, la fraternidad universal, la abnegacion y el sacrificio en pro de la humanidad entera, y si por semejante conducta nos granjeamos los dictérios de esos *doctrinarios* que no reconocen mas goces que los materiales, ni mas virtud que el egoismo, ni mas Dios que el oro, un solo recuerdo nos dará aliento para no retroceder jamás, para sufrir todo género de vejaciones sin renunciar á nuestro propósito, para ser cada vez mas enérgicos y denodados en la liza.

JESUCRISTO DIÓ EL PRIMER GRITO DE ¡LIBERTAD!

JESUCRISTO FUÉ SU PRIMER MÁRTIR.

JESUCRISTO SE COLOCÓ SIEMPRE AL LADO DEL DÉBIL CONTRA EL FUERTE.

JESUCRISTO HABLÓ CONTRA LOS TIRANOS, Y PORQUE QUISO ARRANCARLES SU CORONA Y SU CETRO, LE CIÑERON UNA CORONA DE ESPINAS, Y LE HICIERON EMPUÑAR UN CETRO DE CAÑA.

JESUCRISTO CONDENÓ QUE LOS TIRANOS BEBIERAN LA SANGRE DE LOS PUEBLOS, Y LOS TIRANOS LE HICIERON BEBER HIEL Y VINAGRE.

JESUCRISTO MURIÓ EN UNA CRUZ PARA DAR LIBERTAD AL MUNDO.

Ahora que os hemos presentado un testimonio irrecusable de la escelencia de nuestras doctrinas, puesto que tan en armonía se hallan con las del Divino Redentor, hombres de la inmoralidad y de la degradacion, ya teneis nuestra licencia para zaherirnos á vuestro antojo; os compadecemos y perdonamos vuestra insensatez.

En lo que llevamos escrito de la presente historia, habrá notado el lector, que como en todos nuestros humildes escritos, aspiramos al triunfo de la democrácia universal; y si este triunfo es un delirio, nos place delirar, á nosotros humildes y oscuros escri-

tores, nos place delirar, repetimos, como deliran las inteligencias privilegiadas, los varones más sábios de Europa, los grandes publicistas, los eminentes filósofos, los elocuentes apóstoles de esa regeneración universal, cuyos progresos se aproximan por instantes con la misma velocidad que se comunica el pensamiento por medio de los sublimes inventos de la moderna civilización.

El telégrafo, el vapor y los ferro-carriles han herido de muerte á los tiranos.

El telégrafo, el vapor y los ferro-carriles pasearán por el orbe entero la gloriosa insignia de la democracia.

El telégrafo, el vapor y los ferro-carriles propagarán por do quiera el triunfo de la fraternidad universal.

Y de esta fraternidad evangélica surgirán las santas libertades del hombre.

Libertad de asociación, libertad de comercio, libertad de imprenta, libertad de tribuna, libertad de conciencia, y todas las demás libertades que Dios y naturaleza conceden al hombre cuando nace, serán los ángeles custodios que con sus benéficas alas cobijarán á los ciudadanos de todas las naciones y les harán inviolables.

Y regidos los pueblos por municipios de elección popular, bajo el beneficioso sistema del sufragio universal, no habrá más que una patria para todos: esta patria será el mundo entero, y sus habitantes formarán una sola familia.

Y no habrá fronteras que entorpezcan el paso del viajero ni la acción del comerciante.

Y no habrá ríos ni mares que sirvan de obstáculos al genio emprendedor. El Rhin, el Báltico, el Mar negro, el Mediterráneo, el Atlántico, etc., serán libres y navegables para todos.

Y no habrá aduanas que corten el vuelo al progreso industrial.

Y no habrá contribuciones que arrebaten al trabajador el fruto de sus afanes.

Y la prosperidad de la industria, del comercio, de la agricultura, de las ciencias, de las artes, aumentará la riqueza general.

Y la supresión de infinitos empleos públicos, que la gran reforma hará innecesarios, será otro elemento de prosperidad.

Y de igual manera serán innecesarios los ejércitos, y la guerra será de todo punto imposible.

Y no se renovará ese escándalo sangriento, que llenos de horror contemplamos ante los muros de Sebastopol, ese pozo del abismo, como ha dicho un proscrito ilustre, á donde acuden una después de otra pálidas, desmelenadas, llorosas, á verter en el golfo sus tesoros y sus hijos uno y otro día en movimiento continuo la Francia y la Inglaterra, nuevas Danaides de ensangrentado aspecto.

¿Y se quiere que también la España lleve su lozana juventud al criminal sacrificio?

¡Oh! no, de ninguna manera.

¿Sabeis lo que es esa formidable lucha?

Es una lucha de bastardo origen, es una espantosa matanza en que solo se interesa el orgullo de los tiranos.

Esta es la opinión del mundo civilizado; esta es la opinión de las más elevadas ilustraciones, de las inteligencias más autorizadas.

«¿Qué hace la Europa de los reyes? (ha dicho Victor Hugo.) Tiene fuerza, puede lo que quiere: los reyes son libres, puesto que han sofocado, ahogado la libertad: la Europa de los reyes es rica, tiene millones, miles de millones, no tiene que hacer más que cla-

var la lanceta en la vena de los pueblos y brotan torrentes de sangre y de oro.

¿Qué hace?

¿Desbroza las embocaduras de los ríos?

¿Abre algún gran camino para la India?

¿Rompe el Istmo de Suez?

¿Corta el de Panamá?

¿Une el Pacífico al Atlántico?

¿Echa en las profundidades del Océano el prodigioso alambre que une los continentes por medio del pensamiento convertido en relámpago, y que como una fibra inmensa de la vida universal hace del globo un corazón enorme, cuyos latidos continuos son los pensamientos de los hombres?

¿Qué hace si no la Europa de los reyes?

¿Está cumpliendo alguna gran voto, satisfaciendo ella, dueña del mundo, alguna gran necesidad del progreso, de la civilización de la humanidad?

¿En qué consume las fuerzas gigantescas del continente de que dispone?

¿Qué hace?

Oídlo ciudadanos: PELEA.

¿Para quién?

¿Para los pueblos?

No, para ellos mismos, para los reyes.

¿Y qué guerra hace?

Una guerra miserable por su origen: un desastre verdadero, espantoso en su principio, Balaklava; formidable, horrible por su fin, el abismo: una guerra que parte de lo visible para terminar en lo increíble.

Proscriptos, ya en otras ocasiones os he dicho lo que pienso de esta guerra, y condenados estamos á hablar todavía por mucho tiempo de ella, y por lo que á mí hace, os digo que nunca pienso en ella sin dolor de corazón.

Oh franceses que me escucháis; bien sabíais que teníamos un ejército, el mejor del mundo, admirable, incomparable, aguerrido y acostumbrado á los combates por veinte años de ejercicio en Africa, un ejército vanguardia del género humano, especie de «Marsellesa viviente» con estrofas herizadas de bayonetas, que si las hubieran inspirado el espíritu de la revolución, hubiera arrollado y confundido en el polvo los antiguos cetros y todas las cadenas con solo hacer sonar en el bronce de sus clarines la voz de la libertad: y bien, ciudadanos, ¿dónde está, que ha sido de ese ejército?

Mr. Bonaparte se ha apoderado de él, lo envolvió en la mortaja de su traición, y le ha abierto la huesa.

Ya la ha encontrado en Crimea.

Porque ese hombre es impulsado y obcecado por lo que hay en él de fatal, por ese instinto de destrucción del mundo antiguo, que es su alma sin figurárselo siquiera.

Apartad por un momento, proscriptos, vuestros ojos de Cayena que también es un sepulcro, y fijadlos en Oriente que allí teneis también hermanos.

Los ejércitos francés é inglés están allí.

¿Qué es aquella trinchera abierta delante de esa ciudad tártara?

Esa trinchera, á dos pasos de la cual corre el río de sangre de Inkerman, esa trinchera donde hay hombres que pasan la noche en pié sin poderse echar, porque están con agua hasta las rodillas;

otros que están echados sobre barro de media vara de profundidad, que los cubre enteramente, teniendo por cabezal una pizarra para que no se les hunda también la cabeza, otros echados también, pero sobre nieve, ó bajo la nieve, y que se levantan con los piés helados ó sobre témpanos de hielo y que no despertarán: otros que van descalzos con un frío de 10 grados, porque habiéndose descalzado no tienen fuerza para volverse á calzar y cubiertos de llagas que nadie cura, todos sin abrigo, sin fuego, casi sin ranchos, sin medios de transporte, vestidos de harapos, mojados y congelados, consumidos por la disentería, por el tifus, molestados por continuos ataques nocturnos, bajo una lluvia de granadas, despertando de la agonía por el fuego de la metralla, y no dejando el fusil y los puestos del combate sino para volverse á tumbar moribundos: esa trinchera donde la Inglaterra tiene sepultados á estas horas treinta mil soldados; donde la Francia hasta el 17 de diciembre no sé cuantos mas; desde entonces habia perdido cuarenta y seis mil setecientos hombres; esa trinchera donde en menos de tres meses han perdido mas de ochenta mil combatientes; esa trinchera delante de Sebastopol es el sepulcro de los dos ejércitos.

Y ese inmenso cementerio que no está cerrado todavía, ha costado doce mil millones de reales.

La guerra es un sepulturero en grande que se ha de pagar muy caro.

Sí: por abrir la huesa de los dos ejércitos, de Francia y de Inglaterra, ha llevado, incluyéndolo todo, el capital que representan los buques perdidos, la depresión del comercio y de la industria, las pérdidas y menos valores por todos conceptos, ha llevado ya doce mil millones de reales!.....

Es cantidad suficiente para completar la sed de caminos de

hierro ingleses y franceses: se hubiera podido construir el tunel submarino de la Mancha, medio de unir á los dos pueblos que se aprietan de manos, de lord Palmerston y de Mr. Bonaparte que se nos dá en litografía con el mote sarcástico: *á la buena fé.*

Con esos doce mil millones se hubiera podido sanear y conquistar para la agricultura todas las landas y todos los sitios pantanosos de Francia é Inglaterra; proveer de agua potable á todas las ciudades, pueblos y aldeas; se hubiera podido mejorar la tierra y universalizar la instruccion; poblar y asegurar en ambos países todos los sitios pendientes y prevenido en consecuencia las inundaciones y las salidas de los rios, encastar y fecundarlas de modo que se suministraran á los pobres, segun los sitios, á razon de dos cuartos la libra de pescado; se hubieran podido multiplicar los talleres y las escuelas, explorar y esplotar en todas partes los depósitos hullacios y minerales; proveer á todos los pueblos rurales de arados y azadas mecánicas al vapor; sembrar y poner en cultivo los millones de hectares hoy valdíos; transformar los albañales en pozos flamencos que hacen imposible la escasez; se hubiera podido asegurar en ambos países la abundancia duplicando la produccion, duplicando los consumos, duplicando la circulacion, centuplicando la riqueza... pero vale mas tomar... ¿qué digo? no tomar, morir ante Sebastopol.»

¿Puede darse cuadro mas horroroso é irritante de aquella devastadora lucha?

Pues bien, apenas se ha deslizado medio año desde que el célebre autor de *Nuestra Señora de París* trazó su cuadro con tan verídicas como sombrías pinceladas, y el número de víctimas se ha quintuplicado!

¡Quinientos mil ciudadanos han hallado ya su tumba en Cri-

mea!... Quinientas mil familias han sido sumergidas en el luto y la consternacion; y á la vista de todo el continente escandalizado, despavorido, ¿qué hacen los señores de Francia é Inglaterra?

Leed el *Monitor* de Paris, y él os dará una idea exacta del tierno corazon de los reyes, y del modo original que tienen de condolerse de las desventuras de sus amados súbditos.

Leed el *Monitor* y hallareis detalladamente descritos los bailes, los banquetes, los festines que surgen del palacio de las Tullerías en obsequio de la reina Victoria.

Nuestro dignísimo correligionario don Emilio Castelar, en su brillante discurso pronunciado ante el Jurado el 27 de agosto de 1855, en defensa de un artículo del no menos apreciable demócrata don Sisto Cámara, se espresó en estas elocuentes palabras:

«Señores jurados: ¿Os maravilla cuanto dice el artículo sobre las penas del pueblo, y los placeres de sus señores? ¿Olvidais dónde pone sus ojos el escritor que traza esas palabras?

En un rincon del mundo, entre Asia y Europa, se estiende un campo, que es como vasto cementerio; el ruido del cañon retumba incesantemente en los espacios, los vapores, emanados de inocente sangre, pueblan los aires; la muerte siega en flor los agueridos hijos de la vieja Europa; sus miembros palpíantes, sus destrozados corazones, sus cabezas, rodando en el polvo, sirven de holocausto al capricho de los tiranos, y las madres; contemplad su dolor! las madres que no dieron vida á sus hijos para que la traicion les diera muerte, estienden sus descarnados brazos á Oriente en pos de la prenda de su corazon; del que les sonrió con la felicidad en la cuna, fué su consuelo en la adversa suerte y su esperanza en la próspera; del que tornó en dulce néctar el amargo brevaaje de la vida, y angustiadas pasan sus dias en el dolor, sus

noches en el insomnio, hasta que se cumpla la fatal sentencia, y la muerte hiera en un punto al hijo, clavando plomo derretido en su corazon, y á la madre envenenándola con la desesperacion y la desgracia. Y mientras tanto, ¿qué hacen los señores de esos pueblos?

El sol de la felicidad les sonrie, y es el mismo sol eclipsado con vapores de sangre en Crimea; los árboles de Versalles, cargados de luminarias, como si las estrellas hubieran abandonado los espacios para posarse en sus ramas, se inclinan blandamente á besar sus coronas, que resplandecen con diamantes arrancados por el trabajo del pobre á las duras entrañas de la madre tierra; fuentes cuyas aguas burlan los aires, cayendo descompuestas como perlas de rocío en el cáliz de las flores, lavan en su memoria el recuerdo de la sangre vertida acaso por estender un palmo sus imperios, ó alargar un dia sus reinados; alegres armonías pueblan los aires, armonías que bastan para apagar el lejano eco de los angustiosos suspiros que las brisas de Oriente traen á los corazones de los hijos de Europa; inmensos salones donde se reune cuanto soñáran las artes para halagar serviles á los señores del mundo, hacen olvidar fácilmente aquellos campos cubiertos con el polvo de los cadáveres, empapados de lágrimas y sangre; donde se reune cuanto ha inventado el genio de la guerra para martirizar cruelmente al hombre; y, en esas fiestas, en esos saraos, no se desliza el dolor, no penetra la desgracia, no se vé la miseria, porque los tiranos ni temen, como nosotros, al hambre, ni tienen hijos que partan á la guerra.

Y cuando el mundo atónito presencia este tristísimo espectáculo, ¿aun direis que el señor Cámara ha andado en sus apreciaciones injusto, y severo en sus cargos?

¡Setenta millones se han gastado en esas fiestas!